



Limpiando las energías antes de la ceremonia.

sus rituales desde hace siglos, cerca de los templos de la luna y el sol.

Primero fuimos a visitar los templos y luego el “lugar mágico” propiamente dicho. Pero el destino quiso que volviéramos a Písaq, puesto que cuando empezamos la ceremonia se puso a llover y el frío nos expulsó de ahí. De vuelta al Templo del Valle Sagrado, descansamos hasta entrada la noche, momento en que iniciamos el ritual. Limpieza, meditación e iniciación a una Medicina introspectiva muy poderosa. Tomamos el trago fresco y agradable de ayahuasca e iniciamos los ejercicios pertinentes. Todo seguía igual, al menos durante un buen rato, hasta que el chamán preguntó:

—Hermanitos, ¿están sintiendo algo?

—No, nada... nad... na... nnn...

Las palabras fueron engullidas por un torbellino de luces y colores. Un túnel introspectivo me arrastró hasta mis entrañas, donde todo eran formas geométricas que iban mudando caleidoscópicamente sin cesar. Luz, mucha luz. Estallido cromático fluorescente. La ayahuasca me tumbó, no podía sentarme ni pensar con claridad. Todo eran formas geométricas lumínicas y yo viajaba por los corredores diáfanos de mi ser. “Siéntense, hermanitos, y hagan sus ejercicios. La Medicina requiere disciplina”, decía el chamán. Pero, ¿cómo podía sentarme?, ¿cómo podía tan siquiera hacer los ejercicios? Pensar... Eso era lo último que quería ni podía hacer. Era pura vibración, puro sentir, puro experimentar. ¿Quiénes eran esos seres lumínicos que habitaban dentro de mí? Era la primera vez que los veía y quería conocerlos mejor, fluir sin más, sin racionalizarlo todo. “Hermanitos, los ejercicios”, repetía Joel. “¿Pero de qué ejercicios me está hablando?”, me preguntaba. “¡Ah, sí! En el primero debíamos inhalar lo bueno y exhalar lo malo”. No se cuándo ni

cómo, sin duda una eternidad, pero conseguí sentarme y apoyarme costosamente contra la pared. Mis pensamientos iban y venían. Expiraba y, mientras, iba de paseo por los laberintos fosforescentes. Inspiraba y me iba de vuelta de excursión. Expiraba y me cruzaba con tigres y demás seres. Inspiraba y... así hasta que empecé el ejercicio del perdón. Al principio, todo bien, uno debe perdonar y pedir perdón a sí mismo y a los seres queridos. Pero cuanto más me acercaba a lo imperdonable, a aquellas acciones de personas desalmadas, sin corazón ni escrúpulos, de nuevo la Medicina me tiró con fuerza contra el suelo. No había vomitado y quería hacerlo. Me retorció de dolor. Había descendido hasta las profundidades más oscuras. El fuego quemaba mis entrañas, donde el rojo y el negro se besan, y ahí, en medio de un islote elevado rodeado por ríos de lava, se herejía cuál diablo en su trono lo imperdonable. Náuseas. Arcadas. Me moría de calor y me asfixiaba el humo infernal. La sogá de la muerte ceñía su nudo corredizo cada vez más fuerte. El chamán vino en mi ayuda. Se acercó, me tiró el humo protector del mapacho y empezó a tocar cada vez más fuerte su tambor. Sentí una fuerza mayor que me ayudó a cruzar la lava candente y, mientras la percusión se volvía cada vez más frenética y poderosa, cual frenesí enloquecido que ya no podía soportar, algo me empujó al perdón: “¡Perdón!”, grité en los recovecos infinitos que devolvían sus ecos. “¡Te perdono, déjame ser libre!”. De repente, todo desapareció como por arte de magia. El tambor cesó. Una luz celestial blanca e inmaculada me cegó. No vomité pero me sentía ligera y liberada. Era libre. Se me apareció otra vez el tigre, con paso firme y seductor, y me dijo que a partir de ese momento me movería por la vida como él. Se fue sin despedirse pero no me importó, estaba en la gloria. Me senté en posición de loto, recta y con una sensación de plenitud que invadía todo mi ser. Empecé a iluminarme por dentro y por fuera y a sentir las vibraciones del resto del grupo. Uno se mantenía firme como una montaña, el otro me transmitía su dolor, su frío y sus miedos. La chilena estaba perfectamente bien y mi otra amiga sufría. Abrí los ojos en la oscuridad y me giré hacia el rostro del chamán que estaba iluminado por la tenue luz de las velas. Me sonrió, sabía que me había ayudado a liberarme; él también bajó hasta las profundidades más oscuras conmigo. “¡Dame un mapacho!”, le dije. Lo encendió en silencio y me lo acercó. A pesar de lo fuerte que es, me lo fumé entero como si nada, y a cada calada enviaba el humo sanador a los dos que estaban sufriendo. Quería ayudarlos. Iluminada por las caladas protectoras, disfruté de cada segundo de la dulce y reveladora sensación

que me invadía y que me dejó una sonrisa de felicidad omnipresente. Al cabo de una hora o más, los amigos fueron terminando sus experiencias introspectivas, hasta que el chamán preguntó si ya habíamos terminado y un sí al unísono resonó en el Templo. Todavía a la luz de las velas, fuimos exponiendo nuestras experiencias personales, todas tan únicas y diferentes a la vez.

### Medicina universal

Y sí, siempre estuve en contra del turismo chamánico. Nunca creí en el negocio de la Medicina. Siempre aposté por ir a buscar al verdadero chamán (aunque en realidad él te encuentra a ti), lejos de las contaminadas ciudades de dióxido y asfalto. Buscarlo ahí donde hiciera falta, en el seno de la selva, el desierto, las montañas o donde fuera. Pero después de esta gran experiencia, me paro a pensar sobre lo vivido en estos dos inolvidables días, y la verdad es que creo que nadie debería perderse la oportunidad de experimentar la Medicina ancestral, al menos



El equipo de CAÑAMO antes de la toma.

una vez en la vida. Tal vez no todo el mundo tenga la suerte de poder adentrarse en el Valle Sagrado, el Amazonas o en los lugares pertinentes, para encontrar la parte menos dañada por los (des)propósitos capitalistas y occidentales. Tal vez haya buenos chamanes más cerca de lo que uno cree. Eso sí, que nadie lo haga porque sí, con cualquier persona o por cualquier precio. La Medicina nunca tiene que ser un negocio, aunque sí requieran un coste mínimo su preparación y el ritual en sí, nunca son ni deberían ser precios estratosféricos. Cada uno debe escuchar su corazón y saber si la persona que le está ofreciendo la oportunidad es de confianza o no. Hay muchos empresarios chupasangre disfrazados de chamanes, al igual que, afortunadamente, todavía quedan muchos chamanes verdaderos que respetan la Medicina y a quien la toma como debe ser. Son los taitas, los abuelos y abuelas sabios que comparten sus bienes medicinales y ancestrales con aquellas personas que estén dispuestas a aceptarlas y tratarlas con el debido respeto que éstas merecen. ¡Jallalla! 🌱